



Seix Barral

Elvira Lindo

En la boca del lobo





Seix Barral Biblioteca Breve

Elvira Lindo

En la boca del lobo

Llegamos a La Sabina pocos días después de que acabara el colegio. Mi madre hizo la maleta con aturdimiento y con rabia. Yo la observaba en silencio, desde un rincón de su dormitorio, con las manos apoyadas en las caderas, sintiendo que debía disculparme, pero sin encontrar la razón para hacerlo. Iban cayendo en el interior de la maleta las bragas de las dos, los sostenes de ella, los bañadores, las camisetas, algún vestido, las zapatillas, las canchales. No te quedes ahí embobada y mete los libros en la mochila. Eran libros de repetidora, porque ya no había forma de salvar el curso. Ni por el conocimiento ni por la actitud. Lo que había en esta cabeza mía era un misterio, por su experiencia sabía que los niños no pueden albergar secretos que les impidan vivir con alegría. Algo así había oído mientras esperaba a mi madre sentada en el banco que había a la puerta de la tutoría. Se evade, decía mi tutora, Julieta está en otro lugar, nada capta un interés que ha ido perdiendo a lo largo del curso, de la misma forma que su conocimiento de las ma-

terias se ha ido diluyendo hasta casi dar la impresión de que no queda nada dentro de su cabeza, incluso de que se ha producido un olvido total de lo que aprendió el curso anterior. Reacciona, sí, se activa cuando salimos al patio a jugar al baloncesto, entonces vuela, conecta con sus compañeras, compete, saca una furia interior que se apaga nada más entrar de nuevo en clase. En la cancha siempre es líder, en el aula se ausenta. Esto no es una sorpresa, te lo hemos venido advirtiendo a lo largo del curso, algo pasa y no sabemos qué es, y yo siento que he perdido a mi niña, a mi alumna querida del año pasado. ¿Es que contigo no se muestra ausente? Algo notarás, es tu hija. No, no vengas con ésas, no es que te culpe, te pones a la defensiva y eso no nos sirve de nada, ni a ti, ni a ella, ni a mí. No puedo creer que se deba a un retraso repentino, eso no existe, Guillermina, los niños no se retraen de un día para otro. Eres responsable de ella y como no actúes este verano... Las vacaciones pueden ser una oportunidad para despejar esta incógnita. Si vuelve de la misma manera tendré que hablarlo con alguien. Con quién, pues con un especialista. No es una amenaza, es mi deber. Deberías alegrarte de que me preocupe por ella en vez de ponerte en guardia. Y no, no se trata de que no llegues a todo, muchas madres de este centro trabajan y pasan poco tiempo con sus hijos. No es eso. Los niños pueden acusar la ausencia materna, desde luego que sí, pero eso no sería una razón suficiente para esta especie de evasión mental.

Estoy segura de que tú percibes en ella algo mucho más profundo y por alguna razón que no alcanzo a entender tienes miedo a asumirlo.

Escuchaba lamentos, entre el sorber de los mocos y algún sollozo, frases incoherentes, alguna promesa débil. Salió mi madre de la tutoría y detrás de ella, Laura, mi tutora, que se agachó para darme un beso. Hubiera querido pedirle perdón, decirle que lo sentía de veras, pero que no podía evitar ser esta nueva yo que se imponía a aquella niña de antes que ella quería tanto. Siguiendo un impulso irrefrenable, le volví la cara, arisca, rechacé el beso y salí corriendo tras mi madre, que anduvo a zancadas hasta alcanzar el aparcamiento. Volvimos a casa en silencio y casi en silencio pasamos varios días. Rafael no estaba, pero eso no era extraño, Rafael iba y venía. Parecía tan natural su ausencia como el espacio abusivo que ocupaba su presencia. Cada vez que escuchábamos la maquinaria del ascensor subiendo y pararse en nuestro rellano, mi madre se ponía tensa esperando que la puerta se abriera. Trataba de disimular ese temor constante que tenía a que un buen día desapareciera para siempre. Cuando por sorpresa abría la puerta con la llave que le dio casi desde que empezaron a salir, Guillermina se movía zalamera a su alrededor, celebraba su llegada con risas y me animaba a que participara de su entusiasmo. Y yo me unía, sonriente pero callada, cóm-

plice de ella, también de él aunque de otra manera, del hombre que sacaba de su mochila, como el mago saca el conejo de la chistera, unas sombras de ojos con purpurina, laca de uñas de colores, unas cangrejeras, ¡iremos a la playa! Una mochila con el rostro de Britney Spears. Yo recibía el regalo en mis manos. Di gracias, Julieta. Gracias. Y era consciente de que Guillermina se quedaba esperando el suyo, defraudada por no ser la niña, por no ser yo.

Pocas veces la llamaba mamá. Tal vez sólo delante de mis amigas o de las suyas. No sé cuál de las dos impuso el hábito de que la llamara por su nombre, Guillermina, creo que lo asumimos con naturalidad, sin advertir rareza alguna en esa costumbre, que encajaba bien con su actitud poco maternal. No significaba que fuéramos como amigas, pero ella se sentía más cómoda en un papel de hermana mayor, así lo veo ahora; todo respondía a una especie de incomodidad que le provocaba su condición de madre. Me tuvo con dieciséis años, así que las dos nos quedamos huérfanas cuando mi abuela murió.

De camino a casa, con el boletín de notas en el salpicadero como una hoja de publicidad condenada a acabar en la basura, mi madre maldecía, se sentía víctima del colegio, del sistema, del entrometimiento inaceptable de mi tutora, de su condición

de madre desamparada —de pronto era madre—, de su soledad, de la imposibilidad de largarse, aunque yo no sabía si me incluía a mí en esa fuga, de vivir prisionera de los errores que cometió cuando era una adolescente. Con pocos años más que tú ya se me había jodido en parte la vida, decía. No hacía falta echar las cuentas para saber de qué hablaba. Eran muchas las veces en que brotaba de ella ese odio, no hacia mí sino hacia sí misma, hacia la chica precoz y temeraria que casi desde niña buscaba el desafío más que el placer, o que sólo ante el desafío encontraba satisfacción. Detestaba a la muchacha que se quedó embarazada a los dieciséis: aun así, tuve suerte, créeme, me podría haber ocurrido perfectamente a los quince. Me creía lista y, ¿qué era?, me preguntaba. Yo me solía encoger de hombros y mirar a otro lado. Era tonta del culo, se respondía, tonta, tonta. Ya ves tú, lista, ¡yo! Listos eran ellos. Ellos, tal y como yo lo entendía, eran los tíos del barrio con los que entonces salía. Ellos era en mi mente una especie de batallón en el que no había ninguna cabeza visible que yo hubiera podido considerar padre. Tras esta furia rabiosa contra sí misma, venía el momento de la autocompasión: pero, qué quieres, no tuve a nadie que me protegiera.

Protegerla hubiera significado ayudarla a que yo no hubiera venido al mundo. Son cosas que se entienden tarde. Las palabras de mi madre siguen

en mí y van esclareciéndose poco a poco, como si cada frase, por simple que ésta sea, contuviera un misterio que se queda cobijado en mi mente hasta que el tiempo lo desvela. Fui creciendo en su barriga de adolescente sin que nadie lo advirtiera y ella actuó como solía, dejando que la corriente de la vida la arrastrara, camuflando el embarazo hasta que ya no se pudo volver atrás. Siempre fue incapaz de prevenir el desastre que provoca la inacción o la negligencia.

De cualquier manera, a pesar de mi inocencia, yo podía intuir que el inicio de su desgracia se situaba en el día mismo en que supo que estaba embarazada de mí. Y a menudo sentía pena, la sentía de veras por aquella chica que no sabía amparar una nueva vida por ser incapaz de cuidar de la propia. Solía jurar, jurarse a sí misma con mucha convicción, que no permitiría que a mí me ocurriera lo mismo: tu vida será todo lo libre que no ha sido la mía. Ella incumplió su juramento, pero yo encontré a mi manera una libertad que ella no hubiera podido concebir.

La escuchaba monologar en silencio, esperaba con ansiedad el momento en que narraba la razón de su infortunio, y aunque ella no fuera del todo consciente de que se refería a mí ni guardara en sus palabras mala intención, me hacía sentir una vez y otra y otra responsable de esa vida malgastada, de sus sueños truncados. ¿Cuáles habrían sido sus

sueños? ¿Cuáles todas aquellas puertas que se le hubieran abierto de no haber llegado yo? Imposible saberlo, porque no acababa de concretar jamás cuáles fueron sus ilusiones frustradas, y yo no me atrevía a preguntarle: Guillermina, de no haber sido por mí, ¿qué te habría gustado llegar a ser en la vida? No lo preguntaba porque intuía el dolor que podía provocarle una pregunta que la llevaría a enfrentarse con la tara de su carácter que la incapacitaba para emprender cualquier tarea: una carencia absoluta de voluntad, la atracción insana a dejarse arrastrar por el peligro. Podría decirse que yo era su castigo, pero también en cierto modo su refugio, mi existencia justificaba una ausencia total de ambición. ¿Qué habría podido llegar a ser mi pobre madre siempre tan aturdida, tan propensa a la dispersión, incapaz de concentrarse en alguna otra cosa que no fuera aquella rutina monótona con la que finalmente se ganaba la vida en el bar? Mi madre estuvo presa siempre de ese don que le había sido concedido y que no le suponía ningún esfuerzo: la belleza arrasadora e irreflexiva que la volvía acomodaticia, y le permitía regodearse en una permanente queja estéril.

La necesidad de tenerla de mi parte me condenaba a ocultar el rencor que acumulé hacia ella en aquel último curso. De haber sabido verbalizar mi rabia le hubiera gritado, mírame a mí de una puta vez, sálvame tú ahora, ocúpate de algo más que de

tu desgracia. Pero la vida no te da armas para defenderte cuando eres niña, te las concede cuando ya es demasiado tarde.

Dejamos atrás nuestra calle de Valencia, la del mismo barrio al que llegó mi abuela con ella de niña, Benimaclet, y enfilamos la carretera de Ademuz para volver a La Sabina, la aldea donde las dos habían nacido. Mi madre fue la última criatura que nació en una casa; aunque en el año 1975 fuera algo infrecuente, el parto se precipitó y no dio tiempo a llevar a mi abuela a Teruel. Cuando la niña cumplió once años, mi abuela Esmeralda decidió abandonar el pueblo y emigrar a Valencia para trabajar en un taller de vestidos de novia, de fiesta y de fallera. Se pasaba la vida lamentándose por esa decisión, pero jamás delante de mi madre, que no soportaba esa cantinela. Buscaba el mar, el calor, la luz eléctrica, un lugar con futuro para su hija, pero siempre acababa diciendo que si hubiera llegado a saber que iba a llevar una vida volcada sobre la máquina no se hubiera movido de su monte: para envejecer encorvada, mejor que sea en tu propia casa. Terminó sus días cortando trajes de boda para las vecinas, la Chanel de Benimaclet, la llamaban, pero quejándose también de que a mi madre no le gustaran los vestidos, y de que yo, su nieta, a los ocho años ya me hubiera negado a llevar esas pecheras de nido de abeja y esas mangas de farol.

Emma suele decir que hay personas que se apoderan del sufrimiento, del propio y del ajeno, que lo acaparan de tal manera que no dejan lugar a los demás para expresar una pequeña queja, así que sin pretenderlo nos acaban adiestrando en disfrutar de la vida, por poco que ésta nos ofrezca. Eso es lo que me dejaron en herencia mi abuela y mi madre.

La casa familiar de la aldea ya era nuestra una vez que el tío Claudio había muerto el pasado invierno. Mi madre era la única nieta, la única hija, la única sobrina, así que de pronto se había convertido en propietaria. Iba al volante, las dos con las ventanillas medio bajadas, yo eligiendo la música, repitiendo cada dos por tres el *Baby One More Time*, de Britney Spears, y ella pidiéndome a Los Planetas, o a Nirvana, cantando un rato, y luego pasando del reproche al recuerdo. Hazme la vida fácil, joder, que no te falta de nada. ¿Te falta algo? Dime algo que no hayas tenido. Nada, le decía, lo tengo todo, que no es eso. Entonces, ¿no te das cuenta de que me atormentas? ¿Vas a estudiar? Le dije que sí, que le prometía estudiar, le aseguraba también que no buscaría gresca con nadie, algo que había hecho con frecuencia en los últimos tiempos. Si alguien se interponía en mi camino, bum. Si alguien se me ponía chulo en el patio, bum. Si a alguien se le ocurría decirme que mi madre parecía mi hermana me daba la vuelta dejando a esa persona con la palabra en la

boca y le enseñaba el dedo. Yo estoy bien ahora, le dije. Me refería a ese momento preciso en que las dos íbamos solas hacia otro lugar, a un sitio sólo nuestro. Y ella murmuraba, a costa de que hemos salido corriendo, de hacerme quedar mal, de decidir en contra de mis deseos. No sé si ella me retaba a hablar o me forzaba al silencio. Nunca podré saberlo.

La tensión se esfumaba y entonces me contaba recuerdos de la aldea. Eran los mismos de siempre, los archisabidos, porque mi abuela y ella los guardaban como encapsulados y no se esforzaban en renovar nunca el relato. Me los contaban sin tenerme muy en cuenta, y yo las escuchaba con ironía, consciente desde muy niña de que era más inteligente que ellas, y de que precisamente por eso debía disimularlo, para no provocar enfado o burla. Para ellas era la listilla. En mi casa te salía a cuenta ocultar lo que sabías.

Según íbamos avanzando, ella se relajaba y aflo-raba ese fondo sereno y humorístico que la embellecía y la acercaba a mí. Me decía que tenía que sentirme afortunada, porque desde el año pasado habían instalado el tendido eléctrico en la calle y había mejorado el servicio en las casas, aunque ella no hubiera sido consciente de niña de esas carencias que solían cubrirse con la luz pobre del gasó-leo o de aquella lumbre que daba un calor hiriente en las piernas y dejaba el culo helado. No me había traído a la aldea casi nunca, le decía yo, la última vez

debía yo de tener unos siete años. Y de aquellos escasos días quedaban tan sólo vagos recuerdos: las manos dentro de una fuente de agua helada, los juegos con Virtuditas en la hierba de la hondonada, la salamanquesa que observaba con asombro cada noche y que acabó entre los dientes del gato y el empuño de mi madre en que durmiéramos en la misma cama la abuela, ella y yo, aunque a mí me tocara la raja que separaba las dos camas que acabaron atando con una cuerda después de que me escurriera por ella varias veces la primera noche. También recuerdo haber llorado con desconsuelo porque no me dejaba montarme con el tío Claudio en la mula.

Ella trataba de explicarme el desapego que sentía hacia el sitio en el que había nacido, aunque yo no pudiera comprenderla porque aún no tenía las necesidades de una adolescente; ella allí se moría de aburrimiento, y había incluso algo peor que el tedio insoportable, me decía, que era el sentirse observada, juzgada, compadecida, una circunstancia que no se puede evitar cuando tienes una barriga con quince años y eres madre a los dieciséis. Su incomodidad nos condenaba a la abuela y a mí a las achicharrantes noches del piso de Valencia y a la marcha diaria en el *trenet* hasta la playa para aliviar el calor. Así que aquella mañana tenía la sensación de ir por primera vez de vacaciones, de estar inaugurando de veras el verano, como cualquiera de mis amigos, de marcharme a un pueblo que era mío, aunque su aspecto se había borrado tanto de mi

memoria que en el recuerdo lo había dibujado a la medida de mis deseos. Ella había emprendido el viaje a pesar suyo y yo, a cada kilómetro que avanzábamos, sentía que dejaba atrás el mundo al que no deseaba volver.

Nuestro escueto árbol familiar, una vez muerto el tío Claudio, se reducía a nosotras dos. Sólo me quedaba de aquel hombre el recuerdo de su voz oscura y arenosa en el teléfono, dando cuenta de la cosecha de esa pequeña tierra que él cuidaba y que ahora también nos pertenecía. A pesar de que no vinimos a verlo ni cuando enfermó, nos mandaba cada estación una caja con los frutos de la huerta que ponía en manos de cualquier paisano que tomara la Chelvana, el autocar que viajaba a diario a Valencia, y yo solía fantasear con que aquel lazo familiar se reharía cuando fuera adulta y pudiera corregir el desapego de mi madre.

Subíamos ya por el monte, diez kilómetros de camino sin asfaltar, envueltas en tierra seca, entre recuerdos y maldiciones, con las manos yo en el cristal delantero para que las piedras no nos lo rompieran y riéndonos de los moscardones que iban espachurrándose contra él. Mi madre se burlaba de nuestra mala suerte: para una vez que heredamos, mira dónde tenemos la propiedad, qué te parece, hay que joderse, en el culo del mundo, y me daba un codazo, contagiándome la carcajada. Las dos de nuevo riéndonos, poniendo distancia, con

cada kilómetro, a nuestra amenazante vida diaria, más como hermanas que como madre e hija, Guillermina y Julieta.

Entramos en La Sabina con las ruedas levantando una nube de polvo. Una placa celebraba a nuestra derecha la llegada del alumbrado eléctrico: 2001. Enfrente, en el muro verde de un frontón, se daba cuenta con pintura blanca de la altura, 1.180 metros. Once habitantes contaba la aldea entonces, que parecían estar informados de nuestra llegada porque fueron saliendo de sus casas a nuestro paso, haciendo visera con las manos para protegerse del sol a esa hora ardiente del mediodía. Mi madre dejó el coche a la entrada de la calle estrechísima del tío Claudio y las dos bajamos a saludar a las vecinas. Allí éramos las sobrinas del tío Claudio, que parecía ser tío de todo el pueblo, y también nos nombraban como la hija y la nieta de la Esmeralda. Las cuatro mujeres de la aldea, Virtudes, Milagros, Encarna, Paquita, entraron con nosotras en la casica, como así la llamaban. La llave enorme de hierro que sostenía Milagros en su mano hábil y ruda y una patada decisiva en la parte inferior abrieron la puerta, chirriaron a óxido los goznes, y ante nuestros ojos, oscura y húmeda como una cueva, se hizo visible la entrada, donde fuimos distinguiendo la bici del tío, los troncos de leña, unas sillas de plástico de Pepsi-Cola y otro asiento muy chico de enea con la curva del culo de todos esos antepasados de

los que no guardábamos recuerdo alguno. Un haz de luz entraba por la rendija de una puerta de madera oscura que daba al corral, y desde la gatera asomaba un gato que nos estuvo observando prudente y esquivo durante toda la mañana. Virtudes, Milagros, Encarna, Paquita, supervivientes casi todas a sus maridos, con hijos que habían emigrado a Barcelona, a Valencia, a Noruega, que tal vez aparecerían una semana en agosto para que los nietos supieran lo que habían sido los veranos salvajes de una infancia en la que se aprendía lo que eran los días sin horas, medidos tan sólo por la luz, disfrutando de la armonía natural que existe entre la idea del tiempo sin tiempo de los niños y el transcurrir del verano en una remota aldea de monte.

Por allí no pasaba nadie, no pasaban ni de largo los coches. Cuando se llegaba a La Sabina era y es como si se aterrizara en el fin del mundo, en un pequeño valle entre montes en el que ya no hay un más allá. Virtudes, Milagros, Encarna, Paquita, ellas sí que habían parido en el hospital de Teruel, así que mi madre, que había sido la niña nacida en aquella casa, era como hija de todas aquellas mujeres. Mira, Julieta, me decían, en esta cama nació tu madre. La comadrona era la Paquita, la primera que había tenido en sus brazos a esta muchacha tan guapa, que míralas a las dos, parecen hermanas. Milagros había hecho las veces de madre de leche, porque la de mi abuela no era buena y a ella

le sobraba de la de su propio crío. Ya podías acordarte más de mí, despegada, le decía Milagros guiñándome un ojo. Siempre ha sido muy suya, muy independiente, decían, describiéndola como si no estuviera presente. Yo observaba a mi madre y la imaginaba de pronto como una niña entre aquellas vecinas. Y pienso ahora que tal vez mi nacimiento interrumpió su destino natural, que era ser sólo hija, niña entre las mujeres, nunca madre.

En la casa del tío Claudio, que ya era nuestra, todo era pequeño, los techos, las sillas, la mesa de la cocina, la diminuta encimera, el aparador. Llegaba a imaginar al tío misterioso como un gnomo. Era como si la casa hubiera sido construida para una familia enana, y yo me sentía felizmente acogida entre tanta miniatura. Las ventanas eran chicas, ventanucos. Si te sentabas en las sillas de la cocina, de patas tan cortas, la mirada se quedaba justo a la altura de los ojos para observar la calle, por la que no pasaba nadie, salvo Virtudes, Milagros, Encarna o Paquita. O los hombres, al atardecer, que volvían del campo, de la central eléctrica o del mismo monte, donde había que echar vistazos por si había riesgo de incendio o algún insensato se hubiera perdido, o muerto. El año pasado hubo un chiquillo muerto en una acequia. ¿Y de quién era el niño? Ah, eso ni se supo ni se va a saber. De unos veraneantes, dicen. Tan concretas cuando hablaban para las tareas domésticas como imprecisas al meterse en terrenos de habladurías.